

EDITORIALES

LA MODERNA CAMPAÑA CONTRA EL PALUDISMO

Lucha contra el paludismo debe haberla habido en forma más o menos consciente desde los tiempos más remotos, y a la enfermedad palustre combatían sin saberlo los romanos antes de la Era Cristiana, y Napoleón a principios del siglo XIX, al ordenar la desecación de pantanos; y el congreso italiano al dictar la primera ley de bonificación integral en 1882, y aun antes.

Descubierta la causa y transmisión por una serie de brillantes investigadores, fué ya posible mostrarse más preciso. En el moderno concepto de la palabra, la lucha antipalúdica realmente comienza poco después de los descubrimientos de Ross y Grassi en 1896-1898. La primacía permanece en duda, mas probablemente corresponde a la serie de trabajos iniciados casi simultáneamente en el África Occidental y Hongkong en 1901, aunque, según Watson, la Península de Malaya fué la primera en utilizar en 1901 con éxito el descubrimiento de Ross. Un hecho al parecer desconocido de muchos fué que Gorgas inició por esa misma época en la Habana las obras antipalúdicas, separándolas absolutamente de la lucha contra la fiebre amarilla y manteniendo entre ambas empresas sólo el contacto inevitable al combatir enfermedades transmitidas por el mosquito. Poco después siguieron las demostraciones, que obtuvieron aun mayor resonancia, en Ismailia en 1902, Kartum en 1903, y sobre todo la comenzada en Panamá y llevada a cabo con tanto éxito por el mismo Gorgas a partir desde 1904. Disputa la primacía en la moderna campaña antipalúdica Italia, donde la ley del 23 de diciembre de 1900 y las que siguieron ya establecieran preceptos sobre quinización profiláctica y curativa, quinina del Estado, protección mecánica de los individuos sanos y enfermos, destrucción de los criaderos de anófeles, y obras hidráulicas; es decir, compendiación de los métodos de Ross-Gorgas—campaña antilarvaria y antimosquito; de Grassi-Celli—protección contra las picadas de mosquitos; y de Koch—quinización en gran escala; o en términos más breves, reducción de los anófeles y de los casos.

Ese ejemplo fué seguido después en otros países del sur de Europa y norte de África: Grecia (1905); Argel; Bulgaria (1909); y Córcega (1913). En los Estados Unidos habían combatido a los zancudos desde tiempo antes, con obras de desagüe en parajes aislados, por ejemplo, en Nueva Jersey y Nueva York; pero la verdadera lucha antipalúdica sólo comenzó con los estudios de Carter, del Servicio de

Sanidad Pública, en 1913, y las demostraciones iniciadas por la Fundación Rockefeller en colaboración con el mismo Servicio en 1916.

Para demostrar la atención concedida al asunto en el Hemisferio Occidental, no hay más que ojear las Actas de las Conferencias Sanitarias Panamericanas, donde se verá que, desde la tercera de ellas, celebrada en México en 1907, no se ha dejado de discutir el problema palúdico, incorporándose en una serie de recomendaciones aprobadas en la misma, preceptos que aun rigen con respecto a la lucha, a saber: abaratamiento de los medios de protección y de combate (telas de alambre, mosquiteros, petróleo y quinina); propaganda; y distribución gratuita de quinina cuando sea necesario. En la misma convención fué que el gran higienista mexicano Liceaga anunció que, una vez extinguida la fiebre amarilla en dicho país, el numeroso personal empleado en esa campaña se dedicaría a combatir el paludismo, y propuso emprender contra la malaria una cruzada como la antituberculosa.

Casi desde su creación, el BOLETÍN DE LA OFICINA SANITARIA PANAMERICANA llevó en sus columnas una especie de grito de combate contra la malaria. Como se recordará también, el II Congreso Científico Panamericano aprobó en 1916 una resolución excitando a las Repúblicas Americanas a que procuraran la extirpación del mal conforme a un plan bien madurado, y fué a raíz de esa asamblea que se organizó en los Estados Unidos la Comisión Nacional del Paludismo.

La Guerra Mundial puso término en la mayoría de los países a la cruzada antipalúdica, exceptuadas las precauciones con que hubo que rodear a las fuerzas destacadas en regiones maláricas. Lógica consecuencia del abandono fué una recrudescencia del mal, que impulsó a la Liga de las Naciones a crear su Comisión del Paludismo, decidió la convocación de un congreso internacional sobre la enfermedad, y culminó en la fundación de una Escuela de Malariología en Roma, y la internacionalización de las reuniones de la Comisión del Paludismo de los Estados Unidos. Casi simultáneamente, comenzó la campaña antipalúdica con nuevos bríos, participando en ella países que hasta entonces la habían descuidado, como España y Rusia (1924) y Turquía (1927). Hoy día puede decirse sin exageración alguna que no existe una sola República Americana que no sufra los estragos de la dolencia. Es, pues, halagador consignar que tampoco apenas si hay una que no haya tomado enérgica acción oficial contra el mal, como se ha apuntado vez tras vez en estas mismas columnas.

LOS BROTES DE TRIQUINOSIS

Los que notaron la fijeza y cuasientusiasmo con que la prensa mundial siguió, y la perseverancia, para no llamarla otra cosa, con que propaló, cuanto rumor pudo acopiar en meses pasados sobre